EL ESPACIO COMO CAMPO DE POSIBILIDADES

En un artículo anterior iniciamos el estudio de una de las formas más entrañables de espacio: las plazas, ejemplo brillante de la capacidad humana de crear ámbitos de convivencia. Dejamos en puertas el análisis de los campos de deportes, tema que tocamos de pasada en el número último y que hoy debemos cumplidamente desarrollar.

Para ello conviene insistir en un hecho fundamental que late bajo todas las formas de espacio que configura el hombre: *la necesidad que acosa dulcemente a éste de albergar la experiencia de su vida—abierta a mil horizontes—en el seno acotado de ámbitos bien definidos*. A lo largo de los diversos análisis que deberé hacer, intentaré poner en claro que, dada la esencial movilidad de la existencia humana, los ámbitos que el hombre crea han de ser por fuerza internamente móviles, dinámicos, flexibles y cambiantes.

Para poder hablar de espacios se requiere una delimitación más o menos precisa, y ello no por el logro de una mera separación física, que carece de importancia al respecto que aquí nos ocupa, sino por lo que implica de poder y, por tanto, de amparo. El hombre sólo se siente amparado cuando de algún modo es sujeto de una o más cualidades que le confieren dominio sobre el entorno. Ampara la esquina al fugitivo, la choza al viandante, la guarida a la fiera acorralada, porque les dan la posibilidad de esquivar en alguna medida el peligro. Estar a la intemperie significa hallarse expuesto, en condición inerme, a todos los riesgos.

Precisando un poco más los conceptos, debemos advertir que un hombre se siente máximamente acogido por un ámbito cuando éste es fruto de un acto suyo de creación. El mayor amparo lo confiere un espacio cuando es para el hombre un campo abierto de posibilidades creado en dinámica distensión con el entorno. De ahí que al afirmar que el hombre necesita espacio se alude en el fondo a la necesidad de desplegar la existencia a través de una línea ininte-

rrumpida de creación de ámbitos. Tener espacio vital no equivale, por tanto, a encontrarse en franquía ante un mero vacío de cosas opacas, sino ante la posibilidad concreta y precisa de fundar un campo de posibilidades. Este carácter de dominio es el que confiere al espacio su interna tensión y su valor antropológico.

Cuando un pensador es sensible a la dinámica de despliegue de la personalidad humana, concede ineludiblemente gran importancia a la actividad creadora de ámbitos. Aquí reside en gran medida el inmenso valor pedagógico de la experiencia artística, que no es en todos sus grados y niveles sino la vivencia interna, rigurosamente creadora, del espacio y del tiempo.

Según el diccionario alemán de J. y W. Grimm, el vocablo *ámbito* (Raum) significó en principio el espacio abierto en la espesura de un bosque para establecer en él una morada. Este espacio debía ser ganado al bosque mediante una actividad esforzada de roturación. Este sentido activo permanece todavía nítido en los vocablos alemanes "räumen", "aufräumen", "geräumig", etc. Respecto al hombre que busca un espacio que le permita libertad de movimientos, el bosque como tal no constituye un ámbito, pero sí el hueco practicado entre su fronda. Todo conocedor de la alta montaña sabe de la emoción que producen los espacios abiertos al que ha caminado largas horas entre las breñas y los árboles de un bosque. Es una sensación de alivio, de libertad, de franquía física y espiritual. Algo semejante sucede al recorrer las callejas estrechas y sinuosas de una ciudad antigua y desembocar en una plaza. Piénsese en Toledo, en Venecia, en el barro antiguo de Génova...

Por otra parte, cuando se habla del espacio libre de un almacén, de un autobús, etcétera y, análogamente, del tiempo libre que uno tiene, se alude a *ámbitos de posibilidades* que se abren en un entorno bien localizable y definido cuantitativa y cualitativamente. Dentro de un coche el espacio tiene un valor no de mera ordenación y alma-

namiento, sino de *colocación en orden al traslado*, que es una forma de colocación específica. De ahí el sentido un tanto extraño y en el fondo penoso que tienen los viejos medios de locomoción convertidos en museos, o—todavía peor—en puestos de venta callejera, como sucedía en la Alemania de la última posguerra. Hay un trastrueque de sentido en la espaciosidad interna de estos vehículos. Actualmente, el espacio de la mayoría de los medios de locomoción está determinado por su función dinámica, que en los aviones, como ejemplo máximo, decide claramente la configuración externa. Aquí el espacio debe ser ganado en todo momento al medio ambiente y a una velocidad altísima. El "espacio móvil" es un modo de espacialidad física que se asemeja notablemente a la espacialidad dinámica de los ámbitos humanos, tales como los creados en una competición deportiva.

En todos los ejemplos antedichos, la delimitación espacial sirve a la especificación cualitativa de los diversos ámbitos, no a su mera separación del entorno en que se hallan situados. Esta separación, en el caso de los "espacios móviles", adquiere un carácter neto de *dominio* sobre el atenuamiento rígido al medio ambiente. Todo espacio, pues, se encuentra "entre" diversos elementos que lo enmarcan, pero este adverbio de lugar adquiere aquí un *valor dinámico constitutivo de carácter interrelacional*.

Cuando en castellano decimos que alguien, al provocarse una situación embarazosa, "se queda pegado", queremos indicar que determinadas circunstancias han sorbido el ámbito de despliegue que rodeaba a su persona y ésta se queda atenuada a sí misma, retenida sin salida posible, una vez rotos los cordones umbilicales que la ligaban nutricionalmente al entorno. Al faltarle la capacidad activa de desplegarse libremente, bien decimos que una persona está *pegada*. Se trata de una situación análoga a la del que en un determinado momento de indecisión "no sabe por dónde tirar" y siente que "le falta espacio vital". *Físicamente,*

ante él se abren espacios infinitos. *Espiritualmente*, se halla ante un abismo invadible.

Antropológicamente, el espacio es siempre *campo abierto a una acción posible, ámbito de posibilidades*. Cuando las cosas del entorno se concitan para cerrar caminos al hombre, decimos que se "amontonan", como obstáculos en la carretera. Cuando las cosas se disponen benéficamente para crear entre ellas un campo de acción humana, tenemos un *ámbito*. El ámbito no es, pues, nunca algo estático, sino el resultado bulle y firme a la vez de una confluencia de elementos. Piénsese, para captar este dinamismo de la creación de ámbitos, en el espacio que crean los edificios alineados convenientemente en torno a una vía pública, u ordenados alrededor de una plaza, y, por el contrario, en el desazonante fenómeno de *succión del espacio* que tiene lugar, por ejemplo, en los momentos límite en que se perpetra un atentado contra un hombre. En el momento en que Julio César advirtió las aviesas intenciones con que los conjurados se iban acercando hacia él estrechando el cerco paulatinamente, sin duda alguna debió de tener la sensación de que era encerrado espiritualmente en una campana neumática y que precipitadamente en su torno se sorbía el espacio y se veía acorrido en sí mismo, falto del ámbito confiado en que distenderse. Cuando un hombre se ve instigado por el odio en todas direcciones, queda sin espacio y entra espiritualmente en trance de perecer.

El ámbito situacional no es, en consecuencia, algo primariamente delimitante que coarta el libre vuelo indefinido del espíritu humano. Ante todo, una situación es un *campo posibilitante de acción*, como lo eran para los clásicos las formas estéticas, que Debussy malinterpretaría como camisas de fuerza que envaran desde fuera el ímpetu creador del artista. Muy bella y certeramente adivinó Rilke el carácter acogedor de los ámbitos vistos como apertura constante de posibilidades cuando escribió: "Era como si

las cosas se reuniesen y fundasen espacio."

Cuando hablamos de que alguien se *mueve con libertad* en la vida social porque dispone de grandes posibilidades estamos aludiendo a los ámbitos que estas posibilidades fundan en todo momento. Son ámbitos dinámicos, más atmosféricos que cósmicos, y tan eficaces como inasibles con los sentidos; entramados de líneas de fuerza que crean espacios muy concretos en dialéctica con la vida del hombre y sus múltiples ramificaciones. No se trata en modo alguno de la mera acotación geométrica del espacio visto como el inmenso hueco que alberga en sí a todas las cosas que pueblan el universo. *Los "espacios" o "ámbitos" que aquí sobre todo nos interesan son los que responden al impulso creador del hombre.*

En esta misma línea de pensamiento decía el poeta francés Alfonso de Lamartine: "Un seul être vous manque et tout est de-peuplé" (un solo ser os falta y todo queda despoblado). *Poblar* es una actividad dinámica-dialéctica centrada en torno a determinados ejes y puntos de confluencia decisivos. Se anula uno de estos puntos clave, y todo el entramado se hunde. Para el viajero que visita una gran ciudad populosa en la cual carece de puntos de referencia, direcciones de amigos, salas de reuniones, lugares posibles de encuentro, etc., el denso paisaje ciudadano con su hormigueo incesante y su bullicio no es sino un inmenso desierto anónimo.

El concepto de espacio experimenta de este modo, en primer lugar, una concreción, una *delimitación de sentido*, para ganar seguidamente una *amplitud inédita*, coincidente con el campo indefinido de la acción humana. Un festival aéreo resulta particularmente emotivo por convertir todo el espacio visible en un gran *campo de operación*, tenso, dinámico, abierto a la energía intensísima de los reactores que dibujan sobre su cóncava superficie las líneas elegantísimas de sus juegos. *Siempre* fue el espacio aéreo campo posible de operaciones aeronáuticas, pero sólo cuando de he-

cho es factible el volar puede convertirse en un espacio propiamente dicho, en una plaza de operaciones.

En este caso se acentúa la semejanza del espacio con el tiempo creado por el compositor a través del tejido de formas que constituye una obra musical. Lo que delimita aquí el ámbito no es una realidad externa al mismo, sino su dinamismo interno, el despliegue de energía que constituye a la obra en lo que es al conferirle una interna y autosuficiente unidad.

A la luz de las consideraciones anteriores deben entenderse expresiones tales como la de "tener un lugar en una reunión", "un puesto en una asamblea", etc., lo que equivale evidentemente a *desempeñar un papel*, ser un punto de apoyo en el entramado dinámico de las líneas de fuera que constituyen la vida interna del grupo reunido. La importancia concedida en todo tiempo a los puestos llamados de "preferencia" estriba justamente en el matiz *funcional* y, por tanto, de *valor* que adquieren las denominaciones espaciales cuando se aplican al juego de interrelaciones humanas en el seno de lo que llamamos "encuentro".

EL CAMPO DE DEPORTES

Teniendo en cuenta este carácter tensamente dinámico de los ámbitos o espacios rigurosamente humanos, puede medirse todo el alcance y significación de los campos deportivos y la razón última de esa especie de aire dramático que todos ellos encierran para el espectador que vive internamente un determinado deporte.

Aprestémonos a contemplar en un estadio de fútbol una competición nocturna internacional. Hay en los alrededores bullicio y ajetreo de gran acontecimiento. Los pasillos hierven de agitación, de nervios mal contenidos, de expectación pasional. Al abrirnos a los graderíos sentimos la emoción que suscita la presencia de las multitudes cuando son presa de una emoción común: miles, docenas de miles de personas se agrupan y apiñan en torno a un rectángulo verde

que se extiende entre las gradas. Todo es paz de momento en este tablero inmenso, bien trazado, con su césped cuidado hasta el mimo, con sus señales divisorias que le dan un confiado aire geométrico. Pero de pronto se iluminan los potentes focos y el verde del campo empieza a bullir de color al fondo de los graderíos en sombra. Un himno deportivo hace restallar el ritmo vital en las venas de los aficionados. Una multitud de miradas se agolpa hacia las puertas de los vestuarios cuando se inicia con aire ritual y ritmo relativamente lento, la salida al campo de los jugadores, con sus colores respectivos—que son toda una bandera—, precedidos del trío de árbitros y jueces, severos en su atuendo color que habla de seriedad, reglamento y justicia. Los fotógrafos se apresuran a recoger para la historia las imágenes de los conjuntos; los jugadores se alinean en el medio geométrico del campo, y, en profundo silencio, el inmenso gentío, concentrado y vibrante, siente una vez más el escalofrío que produce oír el himno nacional en momentos de incertidumbre. Terminados los himnos, los jugadores rompen la tensión y desentumecen sus músculos, entregándose a un fácil peloteo en las porterías respectivas. El aire está cargado de tensión. El campo, sobre la serenidad del bello césped, empieza a electrizar. La dualidad de color en la vestimenta de los jugadores lo divide dramáticamente en dos. Este dramatismo se acrecienta cuando los jugadores toman posiciones frente a frente. Estas posiciones responden a toda una estrategia. Acaba de crearse un espacio, un ámbito complejísimo que a lo largo del encuentro irá adquiriendo numerosos matices y valores nuevos.

Lo decisivo en el juego de cada conjunto es crear ámbitos dinámicos, líneas de tensión que abran posibilidades de aproximarse a la meta, constituida aquí por la portería. La acción de cada jugador tiende a crear las condiciones espaciales de tipo dinámico que, debidamente corregidas y adaptadas las condiciones impuestas por el

equipo contrario, puedan abrir "espacios libres", vías abiertas hacia la línea de gol. La técnica futbolística va dirigida por una parte a crear espacios, rutas viables entre la maraña de dificultades interpuestas por los adversarios en el camino, y, por otra, a romper la *dinámica espacial* del adversario. De ahí el choque emotivo que supone conseguir un gol a mucha distancia de la puerta en pleno proceso de creación de las antedichas líneas vectoriales. Se observa, a veces, en ciertos conjuntos una habilidad especial para acercarse a la puerta mediante un zigzagueo sencillo y rápido. Es una forma de *dominar el espacio* que suele sorprender al contrario y reportar grandes éxitos. En otros casos es patente la desazón de ciertos jugadores poco hábiles que se quedan *sin espacio* al tropezar con la pared infranqueable de jugadores que saben cerrar las vías de salida, multiplicando inverosímilmente su eficacia. Al no poder crear ámbitos, el jugador se siente acorralado y no sabe literalmente "para dónde tirar".

Esta necesidad de crear ámbitos explica la pobre y desvaída impresión que produce sobre el público el llamado *juego defensivo* a ultranza, que no tiende sino a destruir por cualquier medio el juego del adversario. Dado que cada acción propia y cada medida tomada frente a ella por el contrario modifica la situación conjunta, en el fútbol hay una capacidad indefinida de novedad y de sorpresa que abre al poder intuitivo de los jugadores un amplio campo de acción.

Todo este dinamismo del juego reobra sobre el campo, que se trasmuta en un *entramado cambiante de líneas de movimiento y estratégicos espacios libres*, creados, recreados y anulados en sucesión ininterrumpida y dramática.

Psicológicamente, esta necesidad de abrir huecos para crear líneas de penetración exige gran concentración y esfuerzo mental a los jugadores, porque éstos, asediados constantemente por la presencia desazonante de los contrarios, deben frenar su tendencia natural a tomar a éstos como "pun-

tos privilegiados" de atención, que debe ser más bien dirigida hacia los huecos practicados estratégicamente con vistas a los propios fines. De ahí el gran papel que desempeña la vista en el juego, que es un baile agitado de perspectivas orientadas hacia la puerta contraria, verdadero centro de gravedad del campo perceptivo del jugador. En lenguaje psicológico podríamos decir que las iniciativas motrices del jugador son determinadas por las diferentes situaciones ópticas. Entre el jugador y el campo se establece una suerte de *simbiosis dinámica* en la cual lo único que cuenta es la dialéctica de perspectiva y acción en una serie no interrumpida de cambios de perspectiva correspondientes a cada acción que se ejecuta. De ahí la influencia del "factor campo" en los resultados de los encuentros. Hay casos en que un equipo no crea espacios, no se preocupa de trazar activa y autónomamente las líneas de movimiento o rutas que han de permitirle abrirse paso hacia la meta y adopta peligrosamente el ritmo impuesto por el adversario. A romper el ritmo del contrario tienden muchas de las tácticas más hábiles del fútbol.

De lo ya expuesto se sigue que un partido de fútbol está constituido por una serie de movimientos de esperanza, de frustración y de temor, ya que constantemente los avances constructivos de un equipo son anulados por el equipo contrario, que inicia a su vez automáticamente el contraataque. Nada ilógico que, cuando a través de mil obstáculos las acciones ofensivas de un equipo prosiguen sin interrupción su marcha ascendente hacia la meta, en un clímax emotivo proporcional a la cercanía respecto a ésta en que se desarrolla la acción, y se ven coronados por el éxito final, el estallido de júbilo de los unos alcance grados paroxísticos, en contraposición violenta a la extrema depresión de los contrarios.

Este análisis dinámico del campo de fútbol puede ser aplicado con relativa facilidad a los demás campos de deportes, e incluso a los tableros de juego.